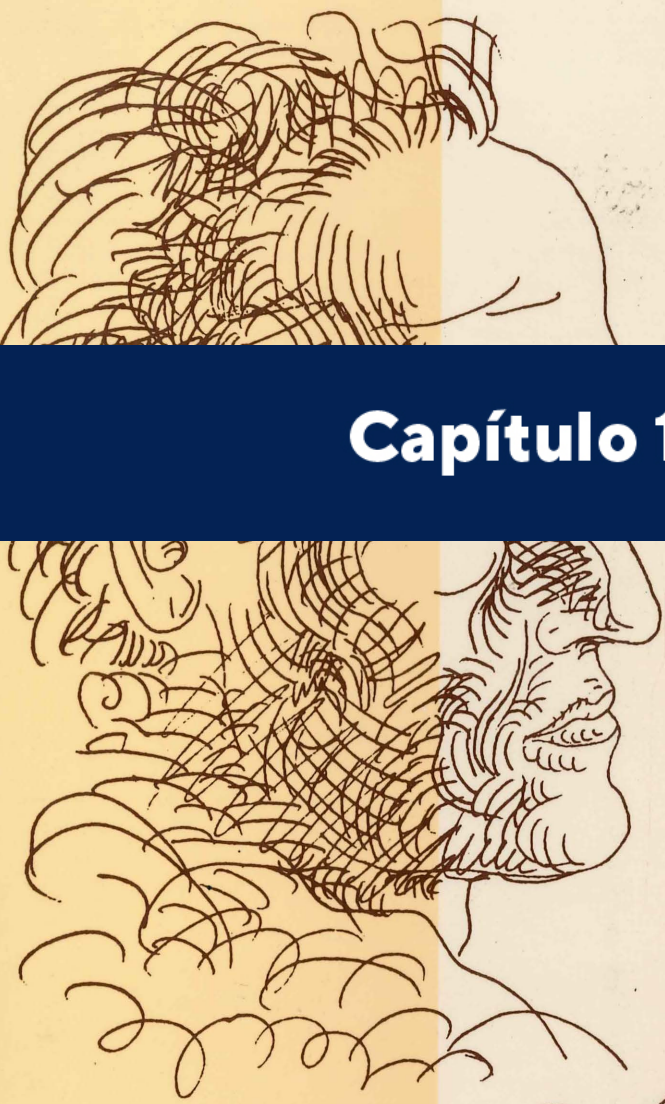


INTENSIDAD Y ALTURA DE CESAR VALLEJO

Capítulo 1



Enrique Carrión Ordóñez
Luis Jaime Cisneros
Leopoldo Chiappo
Ricardo Falla
Antonio González Montes
Gustavo Gutiérrez
Eduardo Hopkins Rodríguez
Jorge Kishimoto Yoshimura
Estuardo Núñez
César Real Ramos
Iván Rodríguez Chávez
Julio Vélez
Emilio Adolfo Westphalen
Jorge Wiese Rebagliati

Ricardo González Vigil
(editor)

P. Ch. 10.
9.6.38.



PONTIFICIA UNIVERSIDAD CATOLICA DEL PERU
FONDO EDITORIAL 1993

Primera edición, diciembre de 1993

Edición al cuidado de Miguel Angel Rodríguez Rea

Intensidad y altura de César Vallejo

Copyright © 1993 por Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú. Av. Universitaria, Cuadra 18, San Miguel, Apartado 1761. Lima, Perú. Tlfs. 626390, y 622540, Anexo 220.

Derechos reservados

ISBN 83-262-312

Prohibida la reproducción de este libro por cualquier medio, total o parcialmente, sin permiso expreso de los editores.

Impreso en el Perú - Printed in Peru



UNA LANZA POR VALLEJO, *CHRONIQUEUR*¹

Luis Jaime Cisneros
(Pontificia Universidad Católica del Perú)

En feo día de prefigurado y lluvioso recuerdo (pero no en otoño) iba a morir en París César Vallejo. Morir en París es un accidente previsible para cualquiera. Pero morir en París y continuar viviendo es la materialización feliz de una profecía singular sólo a los vates reservada. Ahora que iniciamos la reflexión sobre lo que para los americanos han significado estos 500 años ya vividos, vemos bien qué profunda ha sido para esta lengua europea nuestra la persistente orfebrería con que la remodelaron y enriquecieron quienes, como Darío y como Vallejo, recrearon con auténtico vigor americano (fruto de tierras ubérrimas y de razas fecundas) el brío que ya en el verso había logrado asegurarle un día el místico San Juan de la Cruz o el genio poético de Quevedo. "*Qué extraña manera de estarse muerto*" (*Trilce*, LXXV) el poeta, ahora que lo revivimos a cien años del día primero de su historia municipal. A Vallejo se lo siguen disputando quienes reclaman sus restos para alimentar acá, en tierra peruana, las pasiones que le han inventado después de muerto. Sí, es verdad que él había advertido cuánto y muchísimo quedaba por hacer; pero a nadie preocupa hacer las cosas que él habría hecho, y pocos han continuado las que él inauguró. Le han querido copiar el estilo y una que otra muestra de riesgosa sintaxis, y poco se han ocupado de penetrar en sus ideas y en su rico y coruscante mundo interior.

1 Las citas refieren a la edición de *Crónicas*, en dos volúmenes, publicada por Enrique Ballón en México, 1984, así como a las recogidas bajo el nombre *Desde Europa*, por Jorge Puccinelli, editadas en Lima, 1987. Las siglas EB y JP aclaran la procedencia de las citas.

Quiere sus 'restos', pero desdeñan el rico contenido de su vida; prefieren repetir y reinterpretar a sus críticos y postergan la ineludible lectura de sus textos. Muchos creen que sólo vale la pena ocuparse del poeta, otros aventuran sus predilecciones políticas, y hay quienes se esmeran en buscar para él eventuales catálogos de precursores o de mártires. A mí me atrae ocuparme de algunos matices de la labor periodística practicada por Vallejo durante su destierro europeo. Eso ha de ayudarnos a redondear una imagen integral de Vallejo, con sus horas de luz y sus horas de sombra; mezclado un día con ejercicios de literatura evidente y urgido otros días por el fatigoso lenguaje del diario trajín de la imprenta. Dura tarea por calibrar. El periodismo no fue para Vallejo solamente testimonio de su aislamiento voluntario en París, sino el necesario cordón umbilical con la ausente vida limeña y provinciana. Diarios y revistas de Lima y de Trujillo fueron receptores asiduos de esta comunicación. En los últimos años se ha puesto en circulación gran parte de esta labor periodística y *El Comercio* ha reunido hace unas semanas, en singular edición, el conjunto de las colaboraciones vallejianas².

Magra ha sido la suerte de las crónicas enviadas por Vallejo desde Europa durante el primer tercio de este siglo; no han merecido aún la atención esmerada que por lo menos alcanzaron algunos otros testimonios de su valiente prosa. ¿Pero acaso en los manuales de literatura hemos leído alguna vez que se preste atención al género periodístico? ¿Hay, por ventura, acuerdo en admitir que sea este un 'género literario'? Todavía esos manuales no reservan un capítulo para congregarse testimonios de escritores que en la crónica periodística dejaron clara huella del progreso de la prosa en el Perú. No habrá real antología prosaria nuestra si no se incorporan testimonios del lenguaje que consagra, en la prensa diaria, el lento y seguro curso de esa lengua premiosa y exultante, cargada de afectividad y rica en humor, a través de la cual generaciones y generaciones se han ido transmitiendo la hermosa herencia de una

2 *César Vallejo en "El Comercio"*. Introducción de Aurelio Miró Quesada Sosa. Lima, Edición de "El Comercio", 1992.

lengua común. Las colaboraciones de Vallejo nos ofrecen así un lenguaje distinto de su conocida escritura versal; nos ilustran de pronto sobre algunos antecedentes de uno que otro poema en prosa que más tarde se verá acogido en *Poemas humanos*. Muchas de las voces y muchos de los giros del poeta se hallan desperdigados en las crónicas, y a veces *dicen* cosas distintas. Otras pertenecen al abrevadero común. Pero el uso que de ellas hace el poeta-cronista postula que no se trata de un periodista común.

¿Y qué nos revelan estas crónicas periodísticas? A un crítico de la realidad social, interesado (como ciudadano del mundo) en la vida cultural y política de Europa, por gracia de su viva inquietud intelectual, confirmando de ese modo la afirmación baudeleriana de que en todo poeta hay un crítico escondido. Pero este *chroniqueur* Vallejo no es, por cierto, un cronista advenedizo ni un circunstancial corresponsal de prensa que se encierra con su máquina de escribir y despacha informes sobre hechos rotundos de la vida diaria. Vallejo 'elige' sus temas y sabe infundirles la trascendencia y la emoción que en su propio corazón suscitan los hechos, los hombres y las costumbres. Actúa como creador literario y no como un mecanógrafo acoplado a su máquina de describir. Valdría la pena confrontar muchas de sus crónicas con la correspondencia de nuestros diplomáticos para confirmar que Vallejo era una conciencia intelectual alerta. Ser cronista de la vida europea era para él obligación derivada de su lealtad para con las ideas y los hombres: no era fruto del obligado compromiso con el empresario que paga (o malpaga) el puntual servicio. Vallejo se muestra aquí interesado por un mundo diverso: ahora son sus ideas estéticas, nacidas de la reflexión a que lo convoca la estética de los otros; o bien su posición y su interés frente a la música, o sus reiteradas ideas sobre Chaplin, o su cáustica mención de Valéry; en otros momentos lo vemos acuciado por su estricta concepción del surrealismo, o por la necesidad de explicar lo que Darío significaba todavía para él en aquel momento de su poesía y de su vida. Un cronista total: nada de menciones exclusivas de asuntos literarios, no. La vida entera. Vallejo *hace* vida y trájín de periodista, y por eso sus crónicas resumen y reseñan *vernissages*, conciertos y conferencias (Khrisnamurti ya es adivinado por él como un mistificador antes de que se con-

vencieran de ello los hombres cultos). Pero ahí en las crónicas está asimismo el espontáneo testimonio de su preocupación histórico-social. Basta con recorrer la entrevista al representante peruano en España (EB, II, 144-148) para enterarnos de cómo imaginaba Vallejo el futuro de la diplomacia latinoamericana y cuán alejado adivinaba ese destino del entorno vigente: el cronista advierte con claridad que la diplomacia de inspiración europea no tenía posibilidad de aclimatarse en América latina y defiende, por eso, la tesis de que "ha de crearse un derecho internacional propio que acaso sea, por basarse en los valores universales de la sinceridad y la franqueza, el derecho de todos los pueblos del porvenir". Dígase si esto tiene o no vigencia en 1992 cuando, derrotadas como muñecos de cartón tantas ideologías palabreras, un afán integracionista busca descubrir entre nosotros la verdadera fisonomía hispanoamericana. Vallejo reclama una diplomacia ajena a "los salones luminosos y cortesanos", pero asimismo alejada de otros tristes recursos que solo empobrecen el nombre del país: "cuidemos preferentemente —dice— de revelar en el extranjero lo que somos en los actuales momentos y lo que podemos hacer en el porvenir, y en segundo lugar, lo que hemos sido y hemos hecho en el pasado". Tal vez eso explique por qué los periodistas han terminado siendo excelentes diplomáticos entre nosotros. Cuando conviene en que es urgente intensificar la propaganda peruana en Europa, agrega que es tarea "eminentemente periodística y hecha por particulares". ¿Acaso no nos confirma la prensa contemporánea que estamos en las mismas? ¿Cómo va a extrañarnos que entre unas y otras crónicas hallemos constantes testimonios sobre la moral del periodista! Una paciente lectura nos permitirá descubrir reflexiones sobre el periodista, el poeta, el escritor.

Si aprendemos a leer en estos escritos periodísticos, aprenderemos también a leer mejor a Vallejo en las otras instancias de su discurso literario. Lo peor que pudiera ocurrir es que los leyésemos como si la escritura de Vallejo periodista fuese una variante escritural del Vallejo tradicional inventado por la crítica: "un hombre que es artista —dice en una crónica de 1927— ya no puede hacer ni decir nada que se relacione con el arte, sino como artista". Así como en alguna ocasión le aprendimos que podía su-

frir el dolor como el propio Vallejo que era, así también no puede escribir estas crónicas sobre asuntos que afectan al hombre desde perspectivas distintas de las que lo asisten y en las que está inserto, y por las que ricamente era (y sigue siendo) el Vallejo que ahora conmemoramos. Y como su nombre resulta tan llevado y traído, con múltiples fines, por muchos que lo aplauden por cuenta de ajenas lecturas, no puedo dejar de mencionar aquí un fragmento de la crónica en que Vallejo comenta cierta actitud del pintor mexicano Diego Rivera. Claro es que defiende Vallejo la militancia política del artista; pero aclara que la sensibilidad política del artista se produce

"creando inquietudes y nebulosas políticas, más vastas que cualquier catecismo o colección de ideas expresas y, por lo mismo... más puras que cualquier cuestionario de preocupaciones o ideales períodos de política nacionalista o universalista" (JP, 254).

Por eso enfatizará que su viaje a Rusia lo pagó de su bolsillo y que no estuvo endeudado a camarillas o clubes, ni siquiera de fachada intelectual. ¿Hay o no una misión política del artista? Para Vallejo la hay, y muy clara: las crónicas no solamente lo postulan, sino que lo prueban. No le toca al artista ser un propulsor circunstancial de votos electorales; no, su misión no es electorera "sino que debe, ante todo, suscitar una nueva sensibilidad política en el hombre, una nueva materia prima política en la naturaleza humana". Tarea creadora, por cierto, no fácilmente cumplida por agitadores del minuto; consiste en despertar en el hombre "la aptitud de engendrar y aflorar a su piel nuevas inquietudes y emociones cívicas". Como se hizo en la revolución francesa. Como lo hicieron los artistas que de alguna manera prefiguraron la revolución rusa. Hay, pues, hermanos, muchísimo por hacer. Por eso censura que Diego Rivera utilice el arte como medio de propaganda política y no lo vea como "el resorte supremo de creación política". Frente a un Maiakowski que "puede defender en buenos versos futuristas la excelencia de la fauna soviética del mar", Vallejo opone en su demostración la recia figura de Dostoiéwski que "sin

encasillar el espíritu en ningún credo político concreto" puede "suscitar grandes y cósmicas urgencias de justicia humana".

A la luz de estas lecciones, la obra poética de Vallejo adquiere —en su dimensión política— luces terminantes. ¿Pero es que no debe hacerse lo demás? Vallejo no lo niega. Sólo que no le corresponde como artista. Allá los otros; pero esa clase de tarea —dice— "está bien en manos segundonas de artista copiadador o repetidor, pero no en manos de un creador".

Hay que hacerse cargo de que grandes escritores españoles alternan su nombre en los diarios de América, en esta época en que el escritor consagrado no niega su firma al eventual suplemento dominical. Firmas como las de Bergamín o Paul Morand, como la del incipiente grupo surrealista, son frecuentes en diarios y revistas de nuestro continente. Atraen los temas que dicen de la ciencia y el arte, del naciente cinema, noticias que anuncian que algo pasa en las calles y en los cafés multiplicados de París, o que algo comienza a gestarse en la república en cierne que es todo país americano. Vallejo está entre el fuego de todos los días: escribe sobre ideas, sobre hombres y sobre libros, se inquieta por el vaivén de la sociedad, se confiesa sobre todo hombre leal a su profesión de escritor. Es lo primero que quiero esta mañana destacar. Ser leal a la poesía es su manera de ser leal a la verdad y un testimonio inicial de su humanismo integral. Cuando se afirma que es un creador, nos traen ejemplos de *Trilce* o de *Los heraldos*, que siendo ciertamente importantes, sólo ilustran el trasunto de una convicción interior, pero no son la convicción misma, fácil de rastrear en muchas de sus notas espontáneas, cuando habla de 'los otros', cuando protesta por la manera cómo poetas consagrados reniegan de su arte y se inclinan ante la triste circunstancia del halago o la pasión política. ¿Qué es para Vallejo la poesía?; en una crónica destinada a hablar de la traducción desliza alguna que otra opinión rescatable;

"La poesía es tono, oración verbal de la vida. Es una obra construida de palabras". (JP, 371)

Le perturba, en la obra poética de Huidobro, que el chileno trabaje "con ideas, en vez de trabajar con palabras". No se trata, afirma, "de buscar el texto de la vida" sino "el tono y ritmo cardíaco de la vida". Nos llena de ejemplos sencillos para dejarse entender; desentenderse de la palabra el poeta es como si el pintor se desentendiera del color, obsesionado por el objeto que pinta. Y para que no dudemos, lo afirma tajantemente;

"Lo que importa en un poema, como en la vida, es el tono con que se dice una cosa, y muy secundariamente lo que se dice". (JP, 372)

Estamos en 1929. No es una frase; es la síntesis de una operación que seguidamente Vallejo explica como cronista que es de su propia experiencia;

"El poema debe, pues, ser trabajado con simples palabras sueltas allegadas y ordenadas según la gana creadora del poeta". (JP, 372)

Y eso deben tenerlo presente los traductores, porque si lo "que se dice es, en efecto, susceptible de pasar a otro idioma, pero el tono con que se dice no; el tono queda, inamovible, en las palabras del idioma original". Se diría que Vallejo está parafraseando a Aristóteles cuando, en esta crónica de 1929, nos explica cómo lo que cabe apreciar en los poetas son

"los grandes números del alma, las oscuras nebulosas de la vida, que residen en un giro, en una 'tournure', en fin, en los imponderables del verbo". (Ibid, 373)

En esos declarados principios debemos buscar el hilo conductor de toda apreciación suya sobre la obra poética ajena, y preguntarnos si tal vez estas palabras representan el testimonio de lo que él añoraba en la poesía; "el acento esperado, el acento transformador que, sin romper con los profundos y sanos nexos históricos, rompa con las convenciones artificiales y los errores sociales". Cada vez que la crónica recoge opinión sobre la poesía, esta voca-

ción porque la palabra diga la sinceridad del alma y no la receta consabida lo persigue. La poesía es en él un estallido del alma y no puede estar sujeta a prescripciones ni a recetas escolares. No simpatizó Vallejo con el surrealismo, y toda su obra periodística muestra que no había razón alguna para que simpatizase. En febrero del 30 (JP, 399) recuerda asombrado con cuánta puntualidad se suceden mensualmente costumbres, escuelas y cenáculos literarios y evoca, por analogía, el grave momento del ocaso de la civilización grecolatina. Nada de lo que ocurre es signo promisorio de que la poesía está en auge, sino de que en verdad vive momentos de agonía, de los que hay que ayudarla a salir. Por eso sentencia que no constituye el surrealismo un "austero laboratorio creador" y está reducido a "una mera fórmula". No interesa en la poesía sino sólo lo vivido. Y esa es la tarea de la palabra.

Todo lo vivido, lo empozado en el alma, ya está por entonces nutriendo en Vallejo el material que ahora leemos en *Poemas humanos* reunido por manos amigas. Mucha historia individual y colectiva se agolpa en tanto verso, para cuya mejor inteligencia con vendría todavía ir revisando cuanto sobre estética (literaria y musical) y cuanto sobre temas sociales ha ido deslizándose el cronista Vallejo en los envíos periódicos que puntualmente remitía desde su estafeta parisina. Un signo que agilizaba las crónicas (y que esa generación hispánica realzó de manera singular como arma literaria y periodística) fue el humor. Hay que saberlo leer en sus crónicas sobre política francesa y sobre política española.

Y en estas crónicas documentamos también cuál era para él (y parecen haberlo malentendido sus devotos) la función política del escritor. Ya desde 1926 (Ibid. 133) nos advierte que la función política del poeta es clara y no se confunde con "actitudes de capitulero o de sectario". Si el arma predilecta es la palabra, el hombre esencial es la mejor preocupación política y la sola verdad social. Esta preocupación social está vinculada con el amor a la verdad. Si, es verdad —como proclamaba Bello— que la poesía es maestra de los pueblos y los reyes, y ha de servir para liberar al hombre de sus trabajos y miserias. Muy clara es para él la lealtad que un intelectual debe a su natural quehacer y lo asiste

una recta convicción sobre el 'rol político'. En 1928, y a propósito de un polémico libro de Julien Benda, *La trahison des clercs*, se declara defensor del pensamiento puro frente a quienes "perpetran traición del pensamiento puro... a favor de las pasiones políticas". ¿Y qué significa defender, con Benda, el pensamiento puro? Defender la actividad "abstracta y desinteresada del espíritu". ¿Y cómo define Vallejo esta actividad? Mejor lo digo con sus propias palabras (JP, 317):

"Un juego místico y libre de creación suprema cuyos móviles y fines no se relacionan con los intereses momentáneos de la vida social ni con las luchas políticas en general".

Y no es que crea Vallejo al intelectual con derecho a ser indiferente a las pasiones políticas, porque no puede negarlas como "veneno de inspiración vital", sino que debe aprender a dominarlas, subordinándolas "a plazas más serenas y armoniosas de la vida". Se trata de no convertirlas en veneno de inspiración poética. No se desdice esta afirmación con el indudable credo político que alimenta aquellas crónicas que claramente muestran una definida situación de esa índole; pero, es ahí donde confirmamos la firmeza y la lealtad de Vallejo para con su quehacer intelectual. La palabra es el instrumento creador por excelencia. Es arma también necesaria para el ardor polémico. Y en ese sentido es, en manos del escritor, arma política indispensable. Del otoño europeo de 1928 son algunos artículos sobre el espíritu polémico. Vallejo se queja de la actitud "peligrosa y funesta" de los eclécticos y tolerantes que no actúan ni se impacientan ante "los malos fermentos de la historia". Hay muchos movimientos juveniles en América, y a Vallejo le preocupa que puedan desentenderse de esta realidad, y quiere por eso aleccionarlos sobre la necesidad de cultivar "un franco espíritu polémico" (JP, 314-315).

"Es necesario señalar lo que no anda derecho porque esta falta de derechura puede influir nocivamente en la creación del porvenir".

No mira atrás esta recomendación, no busca castigar viejas

costumbres ni enlodar al pasado, sino que se trata de "un control, de reacción viviente e inmediata, sobre la realidad y los hechos actuales". De esa convicción se nutre este arranque de sinceridad que ahora leo:

"He atacado y atacaré a los impostores de la revolución, a los inconscientes, a los farsantes, a los atolondrados, a los egoístas, a los retrógrados con máscara vanguardista, a los que comen y beben de un régimen y estado de cosas que ellos hacen gala en injuriar con fáciles chismes de politiqueros circunstanciales. He atacado y atacaré al mal espíritu aunque se sientan heridos los cuerpos inferiores" (JP, 315).

Era, pues, limpio Vallejo en materia de ideas políticas, claro en la intención, desinteresado en la adhesión a ideales; la suya era una fe cierta y no una accidental e interesada devoción por tristes intereses de partido. Eso no, eso apesta. Eso nada tiene que ver con la pena del hombre, con la vida del hombre ni con su esperanza. Eso es la farsa que atrae a los interesados, impuros y egoístas. Sólo lo incorruptible no ha de perecer. Por eso puede hablar Vallejo de la esperanza.

Es natural que lo preocupe por entonces la responsabilidad que sobre el destino tiene el hombre americano. En agosto de 1926 Pedro Henríquez Ureña recordaba, en célebre conferencia, a quienes "se irritan contra sus mayores y ofrecen trabajar seriamente en busca de nuestra expresión genuina". La juventud se queja de "que los antepasados hayan vivido atentos a Europa, nutriéndose de la imitación sin ojos para el mundo que los rodeaba" (PNU, 39). No comprendemos los americanos —decía el ilustre maestro dominicano— que nuestra tarea es "crear, comenzando desde los principios, yendo a la raíz de las cosas" y no, como otros piensan "continuar... sin romper tradiciones ni enlaces" (Ibid. 46). Y denunciaba como enemigos de la empresa "la falta de esfuerzo y la ausencia de disciplina, hijos de la pereza y la incultura, o la vida en perpetuo disturbio y mudanza, llena de preocupaciones 'ajenas a la pureza de la obra'". Estamos en la gran preocupación por el

porvenir de América, en la hora de la imprescindible introspección. Del mismo año de 1926 son algunas crónicas en que Vallejo advierte cómo

"En América, debido a esta incurable inclinación al plagio fácil y en bruto y a nuestra falta de tacto y poder acumulativo, son igualmente falsos el orden burgués como el escaqueo comunista".

Ah, con qué lucidez traza Vallejo, en una crónica de diciembre del 28, su diagnóstico sobre "el enfermo optimismo" con que los sudamericanos se iban (y, claro está, se siguen yendo) a Europa a 'trinfuar' por cuenta de su eventual audacia, y no a aprender, no a ver lo permanente de la cultura ha ido ahí atesorando, sino a exhibir impudicamente la estructura endeble y provisional surgida de su precipitada improvisación. ¿En qué fundamos esta efímera vanagloria? El propio Vallejo sintetiza los hechos en este párrafo estremecedor, cuya vigencia podemos en algunos aspectos ratificar:

"Pesimismo y desesperación. Tales son por ahora, y para empezar, nuestros primeros actos hacia la vida. No hemos creado nada. No hemos empezado siquiera. Carecemos de esperanza tanto como de amargura, de horizontes tanto como de tinieblas. Nuestro mal no radica en crisis específica de política, de economía, de religión ni de arte. Nuestro mal está en que no hemos creado nada, ni verdades ni errores, ni hemos ensayado nada. Nuestro caso radica en una calofrante desolación vital". (JP, 324)

América parece una frustrada ilusión. No había alcanzado a ser América latina centro de esa nueva civilización vaticinada por Spengler en las entrelíneas de su obra singular. No lo fue entonces, ni podremos creer que ha de serlo ahora cuando ya son pocos los lectores que pueden beneficiarse con las ventajas de su lectura. ¿Por qué iba a ser nuestra América, en 1929, centro de una civilización?;

"Los estudiantes latinoamericanos no lo saben a ciencia cierta, y las explicaciones que dan para sostener semejante candidatura a una próxima hegemonía cultural, participan de empirismo y suficiencia congénitos del espíritu criollo" (JP, 337).

Cómo atrevernos a incurrir en la utopía si "nuestro desarrollo ha sido de una terrible mediocridad". En un siglo de libertad política no hemos hecho absolutamente nada positivo.

Aquí hay una lección para los intelectuales de hoy. El trabajo artístico debe generarse en el diario contacto con la realidad, sin dejarse manchar por las circunstancias a fin de ir apurando las esencias, pues sólo en ellas vive y existe el espíritu creador que alienta a los pueblos, ilumina las ideas y contribuye a la perfección de la humanidad, el imperio de la justicia, el esplendor de la libertad. En esta atenta mirada al mundo que justificó su vida europea, le agradecemos a Vallejo la fidelidad a su arte: arte de decir espontáneamente su verdad con un lenguaje que no relegó nunca la faz creativa. Con esta contribución periodística, Vallejo extiende hoy su horizonte y hace más profunda nuestra comprensión del Perú que él vivió, intuyó y proyectó para nosotros.

Y está bien que en la misma semana en que la Universidad Católica celebra sus 75 años de trabajo abra sus puertas para dar auspicio a este cónclave que quiere exaltar las virtudes esenciales del escritor integral que fue Vallejo. Por eso quiero finalizar con un testimonio de lo que el poeta pensaba que era la función y la vida universitaria. De 1927 (JP, 236) es una crónica dedicada a comentar el espíritu universitario. Analiza Vallejo cómo había venido fracasando el sentimiento democrático europeo en América; Europa fue desfigurando nuestra fisonomía prehispánica y no ha generado en nosotros ningún nuevo principio de vida que pudiera remplazar "ventajosa y más humanamente, a los antiguos moldes de existencia". Uno de los ejemplos que utiliza Vallejo es precisamente el de la universidad, que en Europa resultaba "dentro del ideal democrático, un factor de orden y orientación, una discipli-

na de método y razón", y ha terminado por ser acá en América (recuerdo que 1927 es la fecha del artículo)

"barricada lugareña y capitulera, con todas sus rutinas, sus personalismos de charol y sus mesianismos de segunda mano".

Mientras las casas europeas crean en silencio, recuerda el escritor, la universidad americana "tiende a reducirse a la ya famosa extensión universitaria o universidad popular, cuando ella no se circunscribe a la repetición en familia de la cultura europea". Invito a meditar en estas palabras con esmerada atención porque provienen de un hombre sincero y limpio; "hay que desterrar —dice en el artículo que ahora glosó— el ideario democrático y cerrar las puertas al ideario comunista. Aprendamos, en primer lugar, a estudiar y comprender y luego a asimilar. Lo demás vendrá por sí solo". La crónica es dura y abierta, y deben leerla hoy maestros y estudiantes. Viene de un hombre de claras preferencias políticas, nunca disimuladas, pero también de claro y no desmentido amor por la justicia y la verdad; acostumbrado, por gracia del contacto diario que con la vida propicia el quehacer del periodista, a ver las cosas con calma y penetrarlas con sagacidad de crítico. Por eso destaco la advertencia medular del artículo:

"Quien quiera trabajar sinceramente por los pueblos de América tendrá que convenir en que el más grave foco de mistificación y obscurantismo que existe actualmente en el continente, es el espíritu universitario".

Ojalá estas palabras promuevan en nosotros la certeza de que el espíritu universitario surgirá y renacerá, como el ave mitológica, y quemará como brasa ardiente toda impureza que empañe nuestra tarea intelectual.

Vallejo nos anunció que moriría de vida, pero no de tiempo. En el tiempo está, y ahora lo sabemos bien: es hombre del porvenir.